



Autora: Celina Clavijo. malagahoy.es

Jugadores en rehabilitación narran su viaje del placer al descontrol

"La diversión pasó a ser una obsesión; aposté hasta en la Liga de Israel", afirma uno de ellos

"Llegó un momento en que la enfermedad me controlaba a mí. Al principio era un hobby, hasta que la diversión pasó a ser una obsesión". Jesús comenzó a aficionarse a las apuestas deportivas con 23 años. Vivía atado a ellas y reconoce, sin ambages, que estaba enfermo. Al levantarse, lo primero que hacía era mirar el móvil. "No paraba de sonar. La batería me duraba medio día. Mi pareja pensaba que tenía una aventura. Jugaba a todo lo apostable. Me valía cualquier cosa con la que pudiera ganar dinero. Voleibol, hockey sobre hielo, baloncesto, fútbol americano... Llegué a apostar en la Liga de Israel. Yo creía que entendía. Unas veces ganaba y muchas otras perdía", recuerda.

Supo que se le había ido de las manos cuando sobrepasó la línea roja que siempre había creído tener prohibida: terminó robando dinero a su familia. Según sus cálculos, llegó a desembolsar 30.000 euros en unos cinco años. "Empecé gastando 100 euros al mes y fui aumentando. Cobraba 1.100 como comercial e invertía el sueldo íntegro", cuenta. Un golpe de suerte le permitió costearse el viaje de fin de estudios de la carrera. "Si perdieras la primera

vez sabrías que todo es una mentira. Al principio lo haces de forma comedida, pero después pierdes la cabeza", reconoce.

JESÚS LLEVABA UNA DOBLE VIDA, ERA "EL HIJO Y EL NOVIO PERFECTO", PERO ESTABA "DESTROZADO"

La adicción le llevó a probar "todos los palos". Y no solo on line, también le cegaron las máquinas tragaperras de salones de juegos. Allí coincidía incluso con estudiantes de instituto y asistía a un desembolso desmesurado. "Debería haber más control, por ejemplo, para darse de alta en las casas de apuestas", afirma. Jesús habla ahora desde la óptica de un jugador que decidió de motu propio comenzar un proceso de rehabilitación hace ya 10 meses en la Asociación Malagueña de jugadores de Azar en Rehabilitación (Amalajer). Lo hizo después de confesarle a su padre que era él quien robaba los ahorros de la familia.

Durante la conversación con este periódico, entona en varias ocasiones el mea culpa, apesadumbrado con la doble vida que, asegura, llevaba. "Yo era el hijo perfecto, el trabajador perfecto, el novio perfecto de cara a la galería, pero por dentro estaba totalmente destrozado. Me creía mis propias mentiras", sostiene.

Tocó fondo cuando se percató de que todo lo que había a su alrededor se desmoronaba. Con el nacimiento de su hijo se propuso abandonar el juego. "Lo intenté muchas veces, aguanté tres días o incluso una semana. Al final volvía a caer", narra el joven.

Ahora vive ajeno a la economía de su familia, aunque sabe que ya ha pagado la deuda que tenía pendiente. "En mi casa tienen que esconderme el dinero. Está guardado en una caja fuerte y yo no tengo llave", detalla. También ha tenido que renunciar al deporte para evitar la tentación de apostar. "Ganar delante de una máquina me daba una satisfacción parecida a la que sentía cuando competía", se lamenta.

En la asociación, que enseña a "vivir en orden", ha conocido el testimonio de numerosos jugadores que, como él, tratan de recuperarse de la dependencia. Entre ellos Ale, que tiene 19 años y habla con un grado de madurez impropia de su edad. Trabajaba en un salón de juegos y, eran tales las "barbaridades" que presenciaba, que sentía aversión hacia ese mundo. "Tengo

amigos que en una noche han perdido 7.000 euros. He visto a gente jugando con cuatro máquinas a la vez, dejando el DNI y dinero para que la apagáramos", relata Ale.

Pero una deuda "insalvable", de 15.000 euros que había contraído le llevó a probar suerte. "Empezar es lo peor, pero que te toque es una bomba. Aunque pierdas millones de veces siempre piensas que algún día tiene que volver a tocar", afirma. En su caso, fueron suficientes tres apuestas para que su padre sospechara de lo que ocurría. "Invertí 700 euros. Si no me hubieran descubierto, hoy seguiría jugando porque siempre tuve un trastorno del control de los impulsos", asegura. Ale lleva dos meses en terapia y es consciente de que dejar el juego es la punta del iceberg. "Ahora empieza lo duro. Esto tiene dos salidas: bajo tierra o rehabilitado. Espero no desviarme", añade Jesús.

"Hay familias que no ven necesario un tratamiento"

La familia juega un papel básico en la recuperación de la persona adicta al juego o a alguna sustancia tóxica. El proceso se ve mermado, en palabras del presidente de Amalajer, Francisco Abad, cuando el entorno más cercano se niega a reconocer que existe un problema. "Hay familias que no ven necesario un tratamiento", explica. Se refiere, principalmente, a los casos protagonizados por menores, de hasta 14 y 15 años, ahora también endeudados por las apuestas deportivas. Algunos son hijos de padres divorciados. "Si no hay una buena relación entre ellos utilizan a los niños como arma arrojadiza", resalta el presidente de Amalajer. En otro caso, un jugador ha llegado a perder 1 millón de euros en apuestas.